

Punto y final

Mister Roddis, director del Instituto Británico en Valencia, me hace notar que «la insidiosa extensión del término *restar* en vez de *faltar* o *quedar*» no procede de contagio del inglés, sino del francés. Parece evidente, y me hago cargo, con mucha gratitud, de la corrección. Por lo demás, no es necesario «absolver» al inglés de esto, según me pide, ni de nada, puesto que no le alcanza culpa. Son los demás idiomas los que acuden a él para que sus hablantes, nosotros por ejemplo, podamos vivir a la altura del tiempo presente. Es lengua nodriza de la modernidad, y a orgullo deben tenerlo quienes la poseen como propia. Ni siquiera en los casos en que el anglicismo se emplea por desconocimiento de los recursos propios, o por ostentación petulante, cabe imputar culpa alguna a aquella gran lengua: es de los simios.

Pero aún tergiversan peor que ellos –aunque suelen ser unos–, quienes trituran su propia lengua y la confunden y malbaratan por ignorancia, diciendo *digo* por *Diego*, sin intención de desdeñarse, sino de decir. Trabucadores y mixtureros, ayunos de la sínéresis precisa para distinguir, en su noche cerebral, murciélagos de pájaros. Sin propósito de enmienda, bullen entre los indignados que protestamos, y los flemáticos que pasan o asienten. Mi cólera particular nada tiene que ver con el purismo, que produce anemia, sino con la alarma de ver cómo se va degradando un sistema complejo de expresión, elaborado siglo a siglo para servir a una cultura superior. Porque una lengua se construye por la acción de dos tensiones: la de quienes, dueños de contenidos mentales más ricos, pugnan por plasmar en ella esa riqueza y por hacerla más capaz de establecer diferencias y matices, y la de quienes sólo precisan recursos elementales, por inculpable falta de necesidad, o por ignorancia culpable.

Entre esas dos tensiones, el idioma va recorriendo su historia; juntas ambas, constituyen el uso. Pensar que el uso es sólo la tendencia reductora, espontánea y plebeya, supone tanto como pensar que es más natural –siempre parece así lo espontáneo– no cepillarse los dientes. Se manifiesta un rousseaunianismo infantil cuando se privilegia lo vulgar frente a lo elaborado, y cuando se defiende que un código elemental es tan respetable, o más aún,

que otro de mayor complejidad y riqueza, con una oferta superior de posibilidades expresivas para diferenciar lo que es distinto.

Me advierte un mozo en *La Vanguardia* que «la lengua es un elemento vivo que debe evolucionar», y que si no «en este país hablaríamos en latín». Gran lección de este escolar (¿sería catastrófico que aún hablásemos latín?), con argumentos de adolescente. Pues claro que los idiomas cambian, pero impulsados por aquellas dos fuerzas. Y ¿qué ocurre cuando la trivializadora se impone? Sucedió, con la ruina del latín, la gran noche de Occidente, durante la cual se rompió la gran lengua, y emergieron unos idiomas rudos. Para convertirlos en grandes lenguas también, sus mejores hablantes tuvieron que volver a la tutela clásica, a Cicerón y a Quintiliano, esto es, a dotarlas de nuevas normas cultas, en gran medida a imitación de la latina. ¿O es que se cree que la prosa de Fray Luis, Cervantes y Quevedo, o la de nuestros contemporáneos máximos, ha salido del laxismo (que es forma refinada de denominar el pasotismo)?

Si nuestro idioma existe como lengua de cultura se debe a los recursos que le aportaron los mejores, elevados por el consenso a norma, difundida tradicionalmente por la escuela. La lucha contra la dejadez y el qué más da forma parte del vivir de toda lengua, y renunciar a ella implica abdicar del progreso. Porque no todo cambio constituye avance: puede depauperar. El que una cosa se diga mal y muchos lo hagan, sólo significa que allí hay un fallo individual o colectivo de instrucción; denunciarlo resulta higiénico, y, si se impone, a la fuerza ahorcan. Pero si, además, su triunfo entraña una pérdida de poder distintivo, hay que lamentarlo. Y no por el idioma, sino porque la mente colectiva ha perdido la posibilidad de individualizar un concepto: se ha hecho más roma. A la inversa, sean bien venidos, de donde sean, todos los neologismos o solecismos o «errores» que aumentan el conocimiento o la aptitud diferenciadora de los hablantes.

En modo alguno son disculpables los fallos por incompetencia, como no sea accidental y momentánea –¿quién está libre?–, de aquellos que no debieran tenerla. Ni la prisa los exonera. Lo dijo Jorge Guillén, prócer de la exactitud: «El hombre atropellado, es decir, el hombre grosero, no tiene tiempo de pararse a buscar la palabra propia... Dirigiéndose al fin a toda máquina, se topa con la barbarie».

Un gran periódico nacional escribía hace unos dos meses en su portada: «El pueblo polaco ha vuelto a desafiar a su Gobierno y a su máximo dirigente, el general Jaruzelski, *infringiéndoles* una escandalosa derrota». Se entiende a la perfección lo que dice: basta para los dejadistas y atropellados. Además, es confusión muy frecuente: otro argumento para favorecerla o disculparla. Pero ¿nos ayudaría algo a todos que la indistinción entre *infringir* e *infligir* se infundiera en el idioma? Creo más saludable salirle al paso y darle un toque en el hombro al infractor, aconsejándole: «*Infligir*, amigo».

Asombra, por otra parte, la rapidez de centella con que prevaricaciones así se propagan. Hace tres meses, mi colega Silverio Palafox me llamaba la atención sobre cómo, en una emisora madrileña de alcance nacional, se decía: «Y ahora, como *punto* y *final*, oigan...»; «Y con esto ponemos *punto* y *final* al programa». No me había percatado yo de tal flor hasta que, en las últimas Navidades, brotó por televisión en una retransmisión deportiva: «El árbitro pone *punto* y *final* al partido». Seguro que a estas horas anda ya retozando por otras ondas y por prensas.

La explicación –casi todo puede explicarse, no siempre justificarse– está al alcance de cualquiera: una mente grosera y acelerada, a quien sonaba desde el colegio –campanada remota– lo del *punto final* como signo ortográfico, dejó de percibir que *final* funciona ahí como adjetivo, es decir, para calificar el punto último que clausura un escrito. A diferencia del *punto* y *segundo* y del *punto* y *aparte*. Y desencajó la conjunción de estas dos expresiones, para trasladarla a la otra, por impulso analógico, esto es, por manifiesta incapacidad para los contrastes. Y, así, trató *final* como sustantivo sinónimo de *punto*. Al día siguiente, otro puso aquel perifollo a su *toilette*, y empezó la escalada.

En esto no hay avance ni retroceso: es simple cambio por cambiar. Si acaso se erosiona un paradigma en el que *punto* y, indicador de que algo sigue al lado o aparte, se opone, sin y, a lo que ya no continúa. No es mucho: sólo una sutileza. Y tampoco importa demasiado, porque, al final, todos mundos. Pero si el idioma sigue perdiendo matices y finuras y continúan los hispanos confundiendo traseros y témporas, no llegarán a una nueva edad pastoril,

sino al mundo feliz huxleyano. Como eso no parece apetecible y sí torvo, será conveniente seguir advirtiendo a quien lo ignora que, por ejemplo, *infringir* no es lo mismo que *infligir*, que *restar* no equivale a *faltar*, y que para significar que algo termina, se pone *punto final*.